

EL CANTON MURCIANO.

Diario Oficial de la Federacion.

DOS CUARTOS CADA NUMERO.

EN TODA ESPAÑA.

PARTE NO OFICIAL

UNIÓN.

Hé aquí lo que nos permitimos recomendar á cuantos se hallan agrupados bajo la hermosa cuanto humanitaria bandera de la federación cantonal.

Hé aquí sí, hé aquí el único ruego, la única súplica, el único señalado favor que exigimos de nuestros correligionarios políticos.

Y no pierdan nunca de vista nuestros heroicos al par que sufridos y resignados camaradas, estas profundas y proféticas palabras: *toda desunión en una familia política implica disminución de fuerza, relajación en los vínculos fraternales, entumecimiento, impotencia, ineptitud, marasmo, muerte.*

Con la unión seremos fuertes, prepotentes, invencibles. Sin ella seremos débiles, raquíticos, impotentes.

Esto lo saben perfectamente nuestros enemigos, esto no se le oscurece á nadie, al menos que no sea á un estúpido ó un demente. Quizás de este profundo conocimiento, hayan creído entrever los centralistas nuestra ruina y su soñado triunfo.

La unión de los 300 de las Termópilas, hizo palidecer al tirano Jerjes y á su millón y medio de combatientes. La unión de los 8.000 esclavos al mando del heroico Espartaco, hizo vacilar el terrible poderío de la Roma de los Césares. La unión de los 1.000 de Marsala, hizo rodar un trono secular; y puesto en precipitada y vergonzosa fuga, un ejército que tenía fama de sanguinario ya que no pudo conquistarla de táctico y valiente. La unión, en fin, de unos cuantos polacos, tuvo en jaque durante algunos meses á casi todo el ejército ruso, y puesto en actitud de defensa al de las dos grandes potencias Austria y Prusia.

Nuestra desunión, nuestra desconfianza, nuestras querellas, nuestros resentimientos, nuestro egoísmo, nuestras pasiones, nuestras envidias, nuestras ambiciones, sólo pueden em-

pequeñecernos, deshonorarnos, prostituírnos, envilecernos.

La patria, la república, la federación, los derechos de los hombres, la emancipación y enaltecimiento de la mujer, la cultura del niño, la humanidad, en una palabra, demanda de nosotros el mayor grado posible de mesura, de circunspección, de templanza, de prudencia, de concordia, de austeridad, de desinterés y de abnegación.

Así pues, nada de orgullo, nada de altanería, nada de insultos, nada de amenazas, nada de apóstrofes, nada de odios, nada de rencores, nada de resentimientos. Nosotros tenemos una misión más alta que cumplir. Somos los sacerdotes del ideal; estamos bajo las miradas de la República; tenemos como en suspenso y pronto á pronunciarse á favor de nuestra santa causa, el sentimiento unánime y prepotente de todos los pueblos libres del continente europeo.

Además, de nuestra constancia, de nuestros sufrimientos, de nuestra desnudez, de nuestras amarguras, de nuestras agonías, de nuestro heroísmo, de nuestro martirio, en fin, pende realmente el triunfo definitivo de la libertad, la consagración del derecho público moderno, el afianzamiento indestructible de la federación, la muerte del carlismo y la salvación de la patria.

Hay entre nosotros querellas, pues á destruir las; enojos, pues á olvidar los; rencores, pues á extinguir los; ambiciones, pues á ocultar las. La mirada airada ó amenazadora que se cruza entre correligionarios políticos es, no sólo un ataque directo á la dignidad del hombre y á la dulce paz del alma, sino un profundo y doloroso desconocimiento de nuestra altísima y providencial misión en el seno de una ciudad, cuyo heroísmo, cuya grandeza moral ó intelectual empieza á preocupar seria y vivisimamente, no ya á nuestros enemigos, que esto sería bien poco, sino á Europa, al mundo todo.

Sólo los soldados del despotismo; sólo los instrumentos de la tiranía; sólo los mercenarios, puestos al servicio de malas causas; sólo las legiones consagradas á oprimir al hombre;

sólo los aventureros políticos son los que se despedazan entre sí, no bien ha sonado para ellos la tan suspirada hora de repartirse el codiciado botín. Pero al soldado de la libertad, al soldado de la república, al soldado de la federación, al soldado del progreso, no le sucede esto.

Al soldado del despotismo, sólo le alienta el instinto de la rapiña, y sólo les consuela y fortalece la impía idea de la destrucción. A los soldados de la civilización, sólo les impulsa un alto sentimiento de moralidad y de justicia.

No preguntéis á los primeros por qué se mueven, ni por qué destruyen, ni por qué talan, ni por qué hieren, ni por qué fusilan; pues os contestarán que lo hacen en virtud de mandato imperativo, mandato escudado por una ordenanza que chorrea sangre. Pero si se nos dirige á nosotros esa misma pregunta, contestaremos que lo hacemos para anonadar á los poderes centralistas y utilitarios y concluir con la explotación del hombre por el hombre.

De modo, que los soldados de una gran causa, jamás deben inspirarse en pasiones ó sentimientos indignos. La elevada misión que les está confiada, excluye por otro lado toda idea de punible y vergonzosa mercancía.

El desinterés, la abnegación, la austeridad, la dulzura, la sencillez y el amor infinito hacia la humanidad, debe llenar toda entera el alma del patriota.

La estrechez de miras y de pensamientos; el flujo y reflujo de opuestas y encontradas pasiones; el odio inextinguible y salvaje que engendra el sentimiento de las rivalidades ó de de la envidia, sólo puede producir corazones ruines, poco ó nada á propósito para servir los sagrados intereses de la libertad.

Por esto, nada de orgullo ni de preponderancia; nada de abrogarse ó de atribuirse glorias que nos son solidarias; nada de establecer antagonismo entre esta ó la otra individualidad, entre este ó el otro cuerpo; nada de promover pavorosos conflictos; nada de buscar excisiones, nada en fin, de turbar la dulce y santa paz

de cuantos hemos jurado vencer ó morir.

Para nosotros, para los buenos patriotas, para las almas desinteresadas, para los que se hallen consagrados exclusivamente á la defensa de una gran causa, para los que nada codician ni ambicionan, para los que únicamente anhelan ver libre y dichoso al género humano, para los que son ajenos á toda idea de preponderancia ó engrandecimiento personal, para los que viven en fin, contentos y satisfechos con su pobre suerte, poco puede preocuparle en verdad, el qué sean estas ó las otras personas encargadas de guiar la nave revolucionaria, con tal de que esas personas posean en grado heroico el instinto del bien y sepan conducir nuestras sagradas legiones por la senda del honor y del deber.

¡Y tú ciudad ilustre, tú baluarte inexpugnable del federalismo cantonal, tú pueblo gigante, tú augusto templo de las libertades patrias, tú única esperanza de los oprimidos, tú vanguardia sublime del progreso, tú nueva Numancia y nueva Cartago, reposa tranquilamente sobre tus laureles de gloria, que ó poco han de poder tus verdaderos hijos, ó tu nombre, honra y orgullo del gran siglo XIX, pasará á la posteridad, cubierto por las piadosas lágrimas de los pueblos libres y las bendiciones de la historia.

ESTEBAN NICOLÁS EDUARTE.

CRÓNICA

Hé aquí el relato detallado de las honras fúnebres celebradas el domingo, que nos remite para su publicación el ciudadano José Burillo, hijo del célebre Espadero, del mismo nombre, que fue uno de los fusilados en dicho día de orden del vengativo Nevot.

«A la cinco de la mañana me presenté en la plaza del Hospital con ocho cruces de madera con los nombres de los mártires y las coloqué a la derecha de la entrada de la plaza de toros, puesto donde han sido inmolados, poniéndome de centinela

